

LIBRO **2019**
GANADOR

CUENTO

Alguien encendió un fósforo

EMILIANO TRUJILLO GONZÁLEZ



punto
de partida
ediciones distintas

D
Literatura
UNAM

Alguien encendió un fósforo

Emiliano Trujillo González

Libro Ganador Cuento 2019

Aviso legal

Alguien encendió un fósforo de Emiliano Trujillo González
(Libro Ganador Cuento 2019)

Esta edición en formato electrónico de un ejemplar (904 KB) fue editada por Ediciones Digitales Punto de Partida de la Dirección de Literatura de la UNAM. La transformación a formato ePub fue realizada en la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, por Brenda Hernández Chávez.

Diseño de la portada: Ruth Eunice Pérez

Corrección de estilo y cuidado de la edición: Mauricio Montiel Figueiras y César Tejeda

Primera edición: 3 de octubre de 2019

ISBN: 978-607-30-2274-3

D.R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

Ciudad Universitaria, deleg. Coyoacán

C.P. 04510, Ciudad de México

<http://www.literatura.unam.mx/>

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

Hecho en México



Índice

Aviso legal

I

Alguien encendió un fósforo

No hay noticias de la luz

A oscuras

El circo

Noche cacofónica

Como si fuera esta noche la última vez

Nadie dejará flores

Los precursores de la gloria

Última carcajada

Los pasos

Arrebol

Las muchas muertes de Armando Terrán

Bajo la lluvia

II

68 maneras de mirar una estrella

III
Inconclusos

Lo recordaremos siempre, señor Prado

Ahora el mar nos mira

Ficción del fuego

Inconcluso

*Para Alondra, José, Felipe y Marco:
por los garabatos siempre inconclusos.*

I

Alguien encendió un fósforo

No hay noticias de la luz

Encontró un lugar vacío en la fila que más le gustaba en su infancia. Era función doble; la primera estaba terminando y un rostro se despedía de la audiencia mirándonos fijamente.

Corren ahora los créditos y la gente, la demás gente, poco a poco comienza a levantarse y a irse. Un tipo sentado en la primera fila parece tener intenciones de quedarse hasta que terminen los créditos: mira la pantalla con obsesión, como si buscara un nombre que nunca aparece. Al final él también se levanta y se va, y ahora sí la sala está vacía.

La pantalla, por otra parte, se está poblando de renovadas imágenes:

el campo:

una casa:

una habitación opaca, austera:

una mesa bajo una ventana diminuta:

un papel al centro.

El protagonista toma el papel y lee en voz alta, o más bien una voz en *off* penetra su mente y desde ahí nos lee: “Esta casa te pertenece si sabes cómo cuidarla; es tuya si puedes mantener su calor interno. Una única condición es inapelable. Por ningún motivo puedes dejar que su luz se apague.” Dejas la hoja y miras a un punto perdido, absolutamente perdido. Recorres la casa buscando esa luz de cuya existencia depende tu futuro. Puede ser cualquier tipo de luz, piensas. Fuego. Electricidad. Estrellas. Abarcas la totalidad de la casa, subes y bajas sus escaleras y atraviesas sus intrincados pasajes: no hay noticias de la luz. Te desesperas. Afuera ha oscurecido: tú mismo estás oscureciendo. Por un momento te atreves a pensar que si no sabes dónde está guardada la luz, si en bóveda celeste o cuarto oculto o donde sea, nada puede salir mal: así no corre peligro. Vuelves a mirar hacia ese punto absolutamente perdido; esta vez encuentras en él una suerte de esperanza o miedo.

La única luz sobreviviente, la del proyector, se apaga.

Cuando se apagó, cuando la única luz restante finalmente se apagó, él tanteó en la oscuridad en busca de una salida. Pensó que ya había acabado todo. Estaba equivocado. Después de un rato encontró algo que, para el tacto, era muy parecido a una puerta. Empujándola, la abrió. Del otro lado del umbral se encontró con una sala absolutamente vacía donde proyectaban una película. ¿Para quién? Apenas miró de reojo lo que sucedía en la pantalla, porque velozmente cruzó la sala hacia lo que parecía ser una puerta: otra puerta. Del otro lado, una nueva sala. Esta vez miró la pantalla con atención. Empujó otra puerta; otra vez, una sala y una película distinta.

Y así sucesivamente.

A oscuras

Sin decirlo, ambos se niegan a encender las luces. Ella, sin embargo, prende un cigarro. Él piensa que esa luminosidad bastará para verla pero apenas puede intuírla, adivinar algunos de sus movimientos. La lucecita se mueve como un insecto desesperado cuando ella por fin decide quebrar el silencio.

—No podemos postergarlo más, Mario.

—¿Postergar qué, Andrea? No hay nada de qué hablar, no hay nada de qué preocuparse, no hay...

—Dilo.

—¿Que diga qué?

—Lo que estás a punto de decir. Pero dilo fuerte y claro: nada de susurros.

—Ya no hay nada de peligroso en Remo.

—¿Ya no hay? Entonces hubo.

—No, no hay ni nunca hubo.

—Me gustaría ver la expresión de tu rostro cuando

dices que ya no hay nada de peligroso en Remo.

Un cuerpo se acomodó en la oscuridad. El sonido del cigarro chocando con el cenicero los sumió todavía otro poco más en la noche.

—¿No crees que sea así?

—No tengo por qué creerlo.

—También es tu amigo.

—¿Lo es o lo *era*? Esa línea no es nada tenue. Es una línea que bien puede dividir el mundo en dos bandos. Y te digo que él *era* mi amigo: no más.

—No creo que sea tan claro como tú dices. Dudo que uno siempre sepa en qué momento se entra al *era*...

—Yo lo sé. Lo que dices es inocente, y tú, eso también lo sé, no eres inocente.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Nunca te he visto más cercano a otro hombre...

—Sí, Remo y yo fuimos muy cercanos, pero...

—¿Fueron o son?

—Somos, pero no tanto como antes.

—Aun así, de entre todas las personas te pide a ti asilo por unos días.

—No creo que le queden muchos amigos.

—Por algo será.

—No hay nada malo con Remo: nunca hubo nada malo con Remo. Jamás comprobaron su presencia ahí, jamás nadie aportó alguna pista esclarecedora...

—Hablas como todos ellos.

—¿Como quiénes?

—Como los que defienden sin fundamentos.

—Tú lo atacas sin fundamentos.

—Yo lo conocí, yo pasé días enteros con él, había algo raro en su forma de mirar, de acercarse a... Mira, es como nosotros aquí: después de un rato, una se acostumbra a la oscuridad y hasta puede ver un poco.

—Yo no veo nada, no puedo verte, no sé dónde estás.

—Estoy justo aquí. Pero ni yo ni ella estaremos aquí mañana si Remo...

—¿No entiendes? Ya le confirmé. Mañana Remo llega sí o sí.

—Puedes hablarle para cancelarlo. Al menos eso podrías hacer por mí y por tu hija. ¿De verdad no te preocupa ni un poco?

Silencio. El silencio sumó gramos de sombra a la habitación, como si alguien lograra oscurecer una pintura absolutamente negra.

—¿Tú estás totalmente segura? ¿Es que no tienes ni una duda?

—Claro que tengo dudas. Pero al mismo tiempo estoy segura.

—No te entiendo.

—Es como te acabo de decir. Yo lo conocí, también fue mi amigo. Verlo era como estar en una habitación tan oscura como esta: agradable hasta cierto punto, pero en realidad no te enteras de nada. Y mis ojos todavía no se acostumbraban a la oscuridad, no como ahora. Pero ¿sabes qué? No tengo por qué acostumbrarme a la oscuridad para ver en lo oscuro. Voy a encender la luz, Mario.